

dejábamos acercarse, en lo cual no había gran inconveniente, pues si en todo el imperio empezaba á suceder el odio al cariño, subsistia por completo el temor, y aunque se compadecia al papa, nadie se hubiera atrevido á desafiar la autoridad imperial por libertarle. No obstante, súpose en las puertas de Génova que la poblacion se había puesto en movimiento para ir á saludar al pontifice, y le embarcaron á alguna distancia de la ciudad en un bote de la aduana, conduciéndole por mar á San Pedro de Arena, desde donde fué trasladado á Alejandría.

El príncipe Borghese, gobernador general del Piamonte, asustado tambien de tener que guardar semejante prisionero, y por no haber recibido órden para ello, quiso librarse de la carga, y envió el papa á Grenoble, á donde llegó el 21 de julio con el cardenal Pacca, separado momentáneamente de su lado, y que le devolvieron en Alejandría.

En Grenoble hospedaron al papa en el obispado, llenándole de atenciones y de muestras de respeto, pero teniéndole preso.

Cuando el emperador supo en Schœnbrunn el uso inconsiderado que se había hecho de sus cartas, censuró la prision del papa, y sintió mucho se hubiese recurrido á semejante violencia (1). Em-

(1) *Al ministro de policia.*

«Schœnbrunn, 48 de julio de 1809.

«En este mismo momento recibo las dos cartas adjuntas del general Miollis, y otra de la gran duquesa. Siento que hayan preso al papa: es una gran locura. Era preciso arrestar al cardenal Pacca y dejar al papa tranquilo en

pero no queriendo tenerle en Francia, como el príncipe Borghese no había querido tenerle en Alejandría, y la gran duquesa Elisa en Florencia, é ignorando por otra parte que el papa estuviese ya en Grenoble, designó á Savona en la playa de Génova, donde había una buena ciudadela y un alojamiento decente para recibir al papa. Asi que el ministro de policia recibió esta carta, hizo que Pío VII saliese de Grenoble para Savona, lo cual criticó tambien Napoleon cuando lo supo, temiendo que esas mudanzas repetidas pareciesen una serie de vejaciones indecentes para con un anciano augusto, á quien queria aun á pesar de oprimirle, y de quien era querido igualmente no obstante esa opresion. Mandó se enviase de Paris uno de sus chambelanes, Mr. de Salmatoris, con una porcion de lacayos y un ajuar considerable, á fin de preparar al papa una ostentacion digna de él. Dispuso le dejaran hacer cuanto quisiera, desempeñar todas las ceremonias del culto y recibir los homena-

Roma: pero ya no tiene remedio, y lo hecho hecho. No sé lo que habrá ejecutado el príncipe Borghese; pero mi intencion es que el papa no entre en Francia. Si está todavía en las playas de Génova, el mejor sitio en que podría ponerse sería Savona, pues allí hay una casa bastante espaciosa donde estaria con decencia, hasta que se sepa lo que de esto debe resultar. No me opongo, si cesa su demencia, á que vuelva á ser enviado á Roma. Si ha entrado en Francia, haced que retroceda hácia Savona y San Remo. Mandad se vigile su correspondencia.

«En cuanto al cardenal Pacca, disponed le encierren en Fenestrelle, y hacedle saber que si es asesinado un francés por instigaciones suyas, será el primero que pague con su cabeza.

NAPOLEON.»

ges de las numerosas poblaciones que irian á verle. Al mismo tiempo ordenó la traslacion á París de los cardenales, los generales de las diversas órdenes religiosas, los personajes de la cancillería romana, los individuos de los tribunales de la Dataria y de la Penitenciaria, y por último los archivos pontificales, porque rodaba allá en su cabeza el proyecto de colocar el soberano pontífice al lado del gefe del nuevo imperio de Occidente. Creyendo que de este modo podria establecer en París el centro de toda autoridad temporal y espiritual, muestra singular del vértigo que tan estraños progresos habia hecho ya en aquella poderosa cabeza (1).

Tales eran los diferentes sucesos que habian ocurrido durante aquella pronta campaña de Austria, siendo fácil adivinar el efecto que habrian causado en los animos. Hacia un año, esto es, desde los acontecimientos de España, que no habia cesado de alterarse la conviccion universalmente esparcida de que todo pudo haber concluido con lo

(1) He aqui una carta muy corta, como todas las que escribia Napoleon cuando decia cosas de tanta magnitud, carta que espresa claramente su modo de pensar sobre ese asunto.

*Al ministro de policia.*

«Schœnbrunn 15 de setiembre de 1809.

«He leído la carta que el papa escribe al cardenal Caprara, y como este cardenal es un hombre seguro, podeis remitirsela despues de haber sacado copia de ella. El movimiento de Grenoble á Savona ha sido funesto como todos los pasos retrógrados. No comprendisteis mi intencion,

de Tilsit, y á lo menos reinar la paz en el continente, sin el acto imprudente que derribó á los Borbones de España para sustituirles los Bonaparte. La guerra de Austria, aunque la corte de Viena tomó la ofensiva, se achacaba por todos á la de España, mirándose la segunda como causa segura y evidente de la primera. Los franceses estaban asustados con esas guerras incesantes que ponian en peligro á la Francia, su poderio, su reposo, y al emperador, pues al mismo tiempo que desaprobaban su insaciable ambicion, tenianle por un salvador, y tan mal le querian porque arriesgaba su persona como porque comprometia á la Francia, lo cual estaba haciendo diariamente.

El cansancio, que era general, habia corrompido casi el patriotismo, y hombres malévolos, segun ya hemos dicho, espendieron en secreto la traduccion de los mentirosos boletines del archiduque Carlos. La batalla dudosa de Essling avivo todavia mas estos sentimientos, y la insurreccion del mayor Schill, asi como la aparicion de partidas ale-

y con semejante paso se ha infundido esperanzas á ese fanático. Ya veis que queria reformásemos el código Napoleon, que perdiésemos nuestras libertades, etc. No puede llevarse mas lejos la insensatez.

«Ya he dispuesto que todos los generales de órdenes religiosas y los cardenales que no tienen obispado ó que no residan en él, sean italianos, toscanos ó piamonteses, se trasladen á París, y probablemente acabará todo esto por hacer venir tambien al papa, el cual situaré en las cercanías de París. Justo es que esté al frente de la cristiandad: esto se mirará como una gran novedad los primeros meses, pero concluirá bien pronto.

NAPOLÉON.»

manas rebeldes tanto en Sajonia como en Franco-  
nia, dieron creces al descontento hasta el punto de  
convertirse casi en odio. La batalla de Wagram di-  
sipó esos sentimientos fatales, pero los sucesos  
de Walcheren los hicieron renacer, y aunque el  
desastre sufrido por los ingleses, desvaneció á su  
vez la alarma que causaron con su desembarque,  
pudo notarse harto bien la repugnancia que mos-  
traban los guardias nacionales á partir para la guer-  
ra, y su indisciplina ya que llegaron á marchar,  
indisciplina llevada hasta el extremo de que el ge-  
neral Lamarque que mandaba en Amberes una di-  
vision de guardia nacional, se vió obligado á fusil-  
lar unos cuantos hombres. Vióse en París á los ofi-  
ciales retirados que volvieron al servicio, haciendo  
el papel de descontentos aunque se habia recurri-  
do á ellos, y usando un lenguaje lamentable. En  
torno de Mrs. Fouché, Bernadotte y Talleyrand  
se agruparon muchos enemigos del imperio, mas  
osados que de costumbre, y los realistas rancios se  
agitaron en el barrio de San German, acordándose  
algo de los Borbones. Ademas acudian en tropel á  
oír en San Sulpicio los sermones de un predicador  
ya célebre, Mr. de Frayssinous, con un afán que  
no esplicaban lo bastante sus sentimientos reli-  
giosos.

Desarrollábase en aquellos sermones, con gran  
satisfaccion suya, doctrinas que no estaban muy  
conformes con las del decreto de 17 de mayo, que  
suprimió la soberanía temporal del papa. Una ór-  
den de la policia mandando cesaran, dió lugar á  
hablillas mas fatales que los mismos sermones. El  
clero sobre todo se consternó cuando se esparció la  
noticia de que despues de muchas escenas escan-

dalosas, habian llegado las cosas en Roma hasta el  
extremo de prender al papa. Hiciéronse en las igle-  
sias rogativas por él, riéronse del concordato en  
las tertulias donde quedaba algun vestigio del es-  
piritu filosófico antiguo, y en todas partes se oían  
quejas, reconvencciones y desprecios contra Napo-  
leon como hombre político, si bien admirando en  
él, cual siempre, el gran capitán. Varias veces tam-  
bien se esparció la voz de que habia sido asesina-  
do, como si el sentimiento que induce á unos á me-  
ditar este crimen, indujese á otros á preveerlo. En  
fin, era evidente estaba ya realizándose una revo-  
lucion en la opinion pública, y que empezaba á  
alejarse de Francia de Napoleon el movimiento en los  
ánimos que sublevaba la Europa contra él. Con to-  
do, la última guerra, milagrosamente llevada á  
término en cuatro meses, la gloriosa paz que á ella  
se siguió, y el ver pacificado otra vez el continen-  
te, devolvieron la esperanza. Con esta, renació la  
satisfaccion, la admiracion, el deseo de ver á ese  
reinado calmarse, consolidarse, moderarse, perpe-  
tuarse por medio de un heredero, y si bien se te-  
nia cariño, no obstante su frivolidad, á Josefina, á  
la cual se miraba como una soberana amable que  
representaba la bondad y la gracia al lado de la  
fuerza, deseábase, aunque sintiéndolo, otro matri-  
monio que diese herederos al imperio. Y no se li-  
mitaba el público á desearlo, sino que lo anunciaba  
indiscretamente como cosa ya resuelta, compade-  
ciendo á la misma á quien pedía el sacrificio, dis-  
puesto quizá á censurar al emperador que la sa-  
crificase, y á ver, segun fuese la eleccion, hecha  
para reemplazarla, en un nuevo enlace otro acto de  
ambicion.

Tal era el estado de los ánimos que Napoleón había discernido perfectamente, pero que no le disgustaba se lo presentaran en toda su realidad, contentándose con adivinar las cosas que no le agradaban, y no queriendo oír las de boca de otros. Durante la guerra de Austria, calló el príncipe Cambaceres por no tener que decir las; pero Napoleón mismo provocó á su discreto archicanciller, y obligado éste á explicarse, lo dijo todo con sumo miramiento, pero con una sinceridad que le honraba. Deseoso Napoleón de hablarle de esos objetos importantes antes que á nadie y con toda estension, le citó para Fontainebleau el 26 de octubre, día en que esperaba llegar allí.

Efectivamente, el 26 se hallaba Napoleón en Fontainebleau antes que todo el mundo, antes que su servidumbre, antes que la emperatriz, antes que sus ministros. El archicanciller, tan exacto como discreto, estaba allí desde el amanecer, y Napoleón le acogió con confianza, con amistad, pero con una altivez que no solía verse en él. Cuanto mas conocía que la opinion se alejaba de él, tanto mas orgulloso se mostraba para con ella, aun respecto á los que la representaban tan amistosamente á su lado. Quejóse al archicanciller de la debilidad con que habían sufrido en París las angustias de aquella corta campaña, de las alarmas que con tanta facilidad habían concebido por unas cuantas correrías del mayor Schill y algunos otros iusurrectos alemanes, y de la agitacion á que se habían entregado con motivo de la expedicion del Escalda, que, segun dijo, fué efecto de su venturosa estrella. Manifestó algun desden por el poco carácter que habían demostrado en esas diversas circunstan-

cias, y se quejó mas que nada de que se hubiesen mostrado tan indecisos en llamar á las armas los guardias nacionales cuando podian ser útiles, y tanta indiscrecion en convocarlos tumultuosamente, cuando no podian servir sino para turbar el país. Dejó ver mas desconfianza que de costumbre con respecto á los republicanos y realistas rancios, desconfianza que al parecer se estendia á sus deudos: fingió que consideraba los asuntos del clero como de mediana importancia, reservándose ahora que estaba de vuelta arreglarlos de acuerdo con el príncipe Cambaceres; habló, en fin, con singular desprecio de la muerte, de los peligros que había corrido, manifestado creía, y creyendo en efecto, que para un instrumento de la Providencia como él, no eran de temer ni las balas ni los puñales.

En seguida llegó al objeto esencial, al que mas le ocupaba, á la disolucion de su matrimonio con la emperatriz Josefina. Aunque no guardaba á su antigua compañera por toda la vida escrupulosa fidelidad, la amaba, y sentía en extremo separarse de ella; pero á medida que la opinion iba alejándose, se complacía en suponer que no tenía él la culpa, sino el porvenir que amenazaba á su glorioso trono con una caducidad precóz. Predominaba en él la idea de consolidar lo que sentía temblar bajo sus pies, como si escogiendo y obteniendo otra esposa, colocándola en las Tullerías, y logrando diese á luz un heredero varon, no fuesen ya mas que causas sin efectos las faltas que habían hecho se levantase el mundo contra él. No hay duda que hubiera sido útil tener un heredero cuya legitimidad no se disputase, pero mejor, cien veces mejor, ser prudente y juicioso. Sin embargo,

Napoleon, que á pesar de la necesidad de tener un hijo, no habia podido, despues de lo de Tilsit, en la cumbre de la gloria y del poder, decidirse á sacrificar á Josefina, acababa de resolverse á ello al fin, porque habia sentido estremecerse el imperio, é iba á buscar en un nuevo matrimonio la solidez que era preciso fiar en una conducta hábil y moderada (1).

Habló, pues, de este grave objeto al archicanciller Cambaceres; declaró que no habia en su familia ningun príncipe que pudiera sucederle; arrojó sobre las miserias de esa familia una mirada triste y profunda, y dijo que sus hermanos eran incapaces de reinar, que se tenian mutuamente envidia, y en manera alguna estaban dispuestos á obedecer á su sucesor, si el heredamiento directo no les imponia como ley la obligacion de reconocer en ese sucesor el continuador del imperio. Sin embargo, mostró notoria preferencia hácia el príncipe Eugenio, le elogió, y celebró sus servicios, su modestia, su adhesion sin limites, pero manifestó no seria suficiente el haberlo adoptado por hijo para que, muerto él, se le aceptara como heredero del imperio; y añadió que estando seguro de tener hijos de otra muger que Josefina, habia tomado la resolucion de divorciarse; que nada ha-

(1) El archicanciller Cambaceres cuenta con discrecion en sus Memorias la larga conferencia que tuvo aquel dia con el emperador, y no ha hecho mas que indicar los títulos de los objetos de que trataron. En las muchas cartas de Napoleon es donde he podido hallar el sentido de esa conversacion, y de estos documentos auténticos he tomado, reproduciéndolo con escrupulosa exactitud, el pensamiento de Napoleon sobre cada objeto de por sí.

bia dicho de ello, sobre todo á la que iba á ser sacrificada; que le era muy penoso hacer esta confasion; que aguardaba al príncipe Eugenio, encargado de preparar á su madre, y que hasta entonces queria se guardase el mas profundo secreto.

El príncipe Cambaceres supo con sumo disgusto esa grave determinacion, porque lo mismo que todo el mundo queria á Josefina, y conocia harto bien que repudiándola Napoleon, iba á alejarse mas y mas de su vida pasada, vida de ideas sanas y designios moderados, vida á que estaban asociados todos los hombres de la revolucion, y de la cual no se separaria Napoleon, sin romper tambien con ellos. La misma prudencia que le indujera á condenar la conversion del consulado en imperio, le inducia á condenar el enlace con alguna antigua dinastía, sabiendo perfectamente que la duracion era el mejor modo de consolidar, y que esta dependia únicamente de una conducta acertada.

Hizo, pues, algunas tímidas observaciones fundadas en el favor de que disfrutaba en Francia Josefina, en el cariño que le habia consagrado el pueblo, y sobre todo, los militares, acostumbrados á ver en ella la esposa benévola de su general, en los recuerdos revolucionarios que despertaba, y en el nuevo paso que parecia iba á dar Napoleon hácia el régimen antiguo, alejando á la viuda de Beauharnais para casarse con una hija de los Habsburgo ó de los Romanoff. A todos estos reparos, presentados, por lo demas, con estremada reserva, contestó Napoleon como dueño absoluto, cuya voluntad, cerniéndose sobre el mundo, se habia

convertido, por decirlo así, en el destino mismo. Necesitaba un heredero, conseguido el cual, se fundaría el imperio, según él, definitivamente. El anciano consejero del primer cónsul, confundido con la altivez de su soberano, se sometió en silencio; encontrando en él una benevolencia infinita, en desquite de la inflexibilidad de voluntad que había procurado combatir (1), y convino en callar hasta la llegada del príncipe Eugenio.

La infortunada Josefina no llegó á Fontainebleau hasta por la tarde, alarmada al ver no se la había recibido primero que á los demás. Napoleón la acogió con cariño, pero cortado con el incómodo secreto que no se atrevía á decir. Esta princesa, que sin tener talento, tenía infinito tacto y la penetración del interés personal, se sintió herida de muerte, por decirlo así. Al oír por todas partes al tropel de aduladores, mas afanados en adular á medida que la opinión iba empezando á criticar, repetir que era preciso consolidar el imperio; al ver que todo tendía á lo que se llamaba estabilidad, volvió á derramar las lágrimas que tantas veces vertiera cuando columbró su triste porvenir. Su

(1) He aquí cómo espresa el príncipe Cambaceres lo que experimentó con aquella conversacion:

«Estuvimos solos por espacio de algunas horas, pues el emperador lo quiso así, á fin de hablarme á sus anchas de una multitud de objetos... Durante la conversacion me pareció Napoleón muy lleno de su grandeza: parecía que se paseaba en medio de su gloria. Lo que dijo tenía un carácter de altivez que me hizo temer no se obtendría ya de él ninguno de esos miramientos de delicadeza, que él mismo había reconocido son necesarios para gobernar un pueblo libre, ó que quiere parecerlo.»

hija, que había llegado á ser reina de Holanda, y era desgraciada por los celos de su esposo, de quien estaba separada, acudió al lado de su madre para consolarla, y al encontrarla tan afligida, acabó casi por desear la esplicacion de ese secreto funesto, cualquiera que fuese.

Poblaba á Fontainebleau una multitud numerosa, y cuanto mas se había alarmado esa multitud con los sucesos de España y la batalla de Essling, tanto mas fingía proclamar invencible al que creyó tan próximo á ser vencido. El que la oyese creería que nadie había temido, nadie había dudado, nadie había concebido inquietud. Según ella, los ingleses habían sido unos ineptos, los austriacos unos locos, unos presuntuosos, y los españoles iban á ser aniquilados. Del papa, de la violencia odiosa é inútil que había sufrido, no decía una palabra. Napoleón no quería que se hablara de ello, y no se hablaba, á fin de que fuese, como él mandaba, cosa de poca consecuencia, asunto de clérigos, indigno de que de él se ocupara el grave siglo XIX. Y luego toda conversacion sobre los negocios públicos acababa por decirse al oído en confianza que era una desgracia ver ocupado el trono por una soberana atractiva pero estéril. Era preciso guardarse de sondear el pensamiento del omnipotente emperador, pero imposible que él no pensara en completar el edificio que había levantado, dando un heredero al imperio. ¡Todos los tronos de Europa, al decir de aquella gente, se apresurarian á ofrecer la madre del dueño futuro del Occidente, y una vez nacido ese niño, el imperio sería eterno! En fin, mientras que en París se empezaba á hablar y á contradecir, aunque admi-

rando todavía, en Fontainebleau se callaba, á no ser para decir en un lenguaje rastrero, vulgar é insípido lo que se columbraba en las dominantes miradas de Napoleon.

Toda su familia pidió se le permitiera ir á espiar, estos algunas debilidades y resistencias, aquellos algunas hablillas de que habian sido causa involuntaria. Gerónimo, rey de Westfalia, habia dirigido mal los pocos movimientos militares que tuvo que ejecutar, gastando demasiado en sus placeres, y no lo bastante con el ejército. Luis, rey de Holanda, no por satisfacer su afición al lujo, sino por dar gusto al espíritu escatimador de los holandeses, no habia sostenido tropas bastantes, y sobre todo favoreció, ó á lo menos no reprimió en manera alguna el contrabando con Inglaterra. Murat, alejado del ejército para reinar en Nápoles, donde procuraba halagar á todos sus súbditos, de cualquier clase que fuesen, sin saberlo probablemente, habia dado lugar á hablillas transmitidas por la policía á Schœnbrunn. Decíase que preveyendo una catástrofe en el Danubio que derribase la persona ó la fortuna de Napoleon, habian puesto la vista en Murat Mrs. Fouché y de Talleyrand, y convenido en preparar en el camino de Italia los tiros que debian llevarle de Nápoles á Paris. Por lo demas, se atribuian estas hablillas, no tanto á su ambicion como á la de su esposa.

Napoleon acogió á Gerónimo con indulgencia, aunque á sus ojos era el mayor de los yerros sacrificar los negocios por los placeres; pero tenia mucho en cuenta para perdonar el cariño de su hermano, y le infundió esperanzas de un arreglo ventajoso respecto á Hannover. Mas severó se mostró

con Luis, á quien apreciaba, pero cuya triste independencia, asi como su estremado servilismo para con los holandeses, eran una verdadera desercion á la política de Francia. Dió á entender, pues, al rey de Holanda pensaba adoptar siniestras resoluciones tocante á su territorio. En cuanto Murat, á quien no habia visto hacia mucho tiempo, y cuyo nombre, presente en la imaginacion de todos los intrigantes, le ofuscaba de vez en cuando, le manifestó su disgusto, pero no tanto á él como á su esposa, cuyo inquieto espíritu presagiaba mas de una falta capital. Amistoso por otra parte, como siempre lo era con sus parientes, mostró para con ellos mas que nunca la actitud de un soberano, pues al avanzar por el camino de la vida habia visto de muy cerca, lo mismo en ellos que en cuantos le rodeaban, el fondo de las pasiones humanas, y al acercarse, sin verlo, pero presintiéndolo algunas veces, al término de su grandeza, parecia que abrigaba contra todo el mundo no se sabe qué pesar oculto, que no bastó á disipar el pronto y venturoso fin de la guerra de Austria, y que se revelaba en una espresion de autoridad mas absoluta (1).

No fué á Francia la familia de Napoleon únicamente, sino que pidieron permiso para visitarle los reyes sus aliados, porqué todos tenian intereses que debatir, ó algo por que darle las gracias. Esos aliados eran el rey de Sajonia, el rey y la reina de Baviera y el rey de Wurtemberg. El emperador

(1) Es seguro que desde aquella época empezó á cambiar el tono de su correspondencia, y se hizo mas severo, mas desconfiado, mas absoluto, no pareciendo sino que estaba descontento de todo el mundo.

contestó á sus peticiones del modo mas fino, y todo anunciaba que para fines de otoño habria en Paris una reunion brillante de testas coronadas. Entre tanto sucedianse en Fontainebleau fiestas magnificas, y se invertia el tiempo en el teatro, en bailes ó cazando. La caza de venados sobre todo era, segun parecia en aquel momento, la diversion que mas gustaba á Napoleon; de suerte que pasaba á caballo horas enteras, y hacia que lo dijese los periódicos porque durante la última campaña se dudó de su salud tanto como de su suerte. Por haber querido tener á su lado el médico Corvisart con el fin de disfrutar de su conversacion en sus ocios de Schœnbrunn, y consultarle acerca de unos dolores sordos, presagio de la enfermedad de que murió doce años mas tarde, dió lugar á muchos inútiles comentarios sobre el estado de su salud. Para desmentir esas voces corria, pues, desde por la mañana hasta por la noche, jactándose de su fuerza, grande todavía, y queriendo se creyese en ella.

En aquella época cambió de un modo singular el aspecto de su persona, convirtiéndose de melancólico y flaco, en ingénuo, resuelto, lleno de carnes, sin que por eso fuese menos bello su rostro. De taciturno pasó á hablador afluente, siendo escuchado con gusto por los que le admiraban y por los que eran para con él bajos y dóciles. Antes era brusco y seco, pero ahora impetuoso, ardiente, duro algunas veces, aunque siempre tranquilo en los peligros, y bueno cuando veia sufrir. En una palabra, se habia dilatado completamente su poderosa naturaleza, é iba á decrecer lo mismo que su fortuna, porque nada se para. En fin, en medio de la afluencia de gentes que concurría á su córte,

distinguió á una ó dos mugeres, y no se anduvo con miramientos en demostrar su afición hácia ellas, á pesar de los arrebatos de celos de la emperatriz Josefina, á quien no contemplaba ya, á quien desesperaba, mejor dicho, con su modo de portarse, como si quisiera prepararla á que renunciara á él, ó sacar de los disgustos matrimoniales valor para un rompimiento. Tal era su vida de vuelta de la guerra de Austria, no siendo menor que despues de Tilsit el brillo de que se hallaba rodeado, pues no parecia sino que con atenciones sin límites trataban de hacer que olvidase las dudas concebidas un momento acerca de su prosperidad.

Por lo demas, siempre trabajando en medio de los placeres, dió órdenes en Fontainebleau mismo sobre una multitud de objetos, acelerando la organizacion, la reunion y el relevo de los cuerpos destinados á ir á España, los cuales se componian, segun se ha visto, del que mandaba el general Junot, disperso de Augsburgo hasta Dresde, el del mariscal Bessieres consagrado á la toma de Walcheren, de las reservas preparadas en el centro y el Oeste del imperio, de los dragones provisionales, y de los modernos regimientos de la guardia. Habiendo acabado los ingleses de retirarse enteramente de las bocas del Escalda, no sin hacer volar los depósitos de agua y las obras de Flesinga, Napoleon puso en marcha definitivamente hácia el Mediodia las tropas de línea de aquel cuerpo, y disolvió los guardias nacionales, escepto algunos batallones compuestos del corto número de hombres que se habian aficionado á servir. Hizo continuara la evacuacion de Austria á medida que iban efectuándose los pagos, y dirigió el cuerpo del ma-



riscal Oudinot hacía Maguncia, el del mariscal Massena hacía Flandes, y el del mariscal Davout hacía la parte de Alemania que todavía le quedaba á Francia, tal como Salzburgo, Bayreuth y Hannover. Quería disolver el cuerpo del mariscal Oudinot compuesto de cuartos batallones (escepto la antigua division Saint-Hilaire), para devolver el cuarto batallon á cada regimiento. Reforzó y regularizó las brillantes divisiones del cuerpo del mariscal Massena, queriendo darles á guardar el litoral del continente, desde Brest hasta Hamburgo. En cuanto al cuerpo del mariscal Davout, lo reunió á la caballería, y se proponía hacer que viviera en Hannover, ó á costa de este pais, ó á la del rey Gerónimo, si se lo cedia. Por último, dirigió el cuerpo del mariscal Marmont hacía el campo militar de Laybach, para que viviera en Carniola.

De este modo buscaba las combinaciones mejores para no disminuir en realidad sus fuerzas, y para que fuesen al mismo tiempo menos costosas, porque la guerra de Austria no le produjo lo que esperaba (había producido ciento cincuenta millones poco mas ó menos), y la expedicion de Walcheren le costó mucho dinero, por el armamento y equipo de los guardias nacionales. La hacienda era en aquel momento lo que mas cuidado daba á Napoleon, y la causa de la mayor parte de sus determinaciones. Queriendo poner término á los asuntos del continente, estaba en tratos con Baviera para la pacificacion del Tirol, el reparto de los territorios de Salzburgo, Bayreuth, etc.; con Westfalia para la cesion del Hannover; y con Sajonia para el regalo de la Galicia. Pedia á unos dotaciones para sus generales, á otros suministros para

sus ejércitos, y á todos un arreglo definitivo que hiciera cesar las ocupaciones extraordinarias de tropas, y al fin proporcionase al continente un aspecto de paz y de estabilidad. Para todos esos arreglos no había que vencer ninguna dificultad, porque Napoleon daba territorios, y por lo mismo era árbitro de fijar las condiciones á su gusto. En todos los casos, pues, no podían menos de quedar contentos.

La única dificultad formal que encontraba Napoleon era con su hermano Luis, pues estaba sumamente irritado por la condescendencia con que éste había mirado el contrabando, y exigía en castigo se le entregara el territorio comprendido entre el Escalda y el Rhin, desde Amberes hasta Breda, esperando de impedir mejor el contrabando cuando tuviese esa línea; hasta amenazaba con tomar toda la Holanda si continuaban reproduciéndose los abusos de que se quejaba. Organizó el acervo extraordinario dirigido por Mr. Defermon, y formado con el tesoro del ejército y las propiedades de todo género que había reservado en diferentes paises, para que de este modo descansara en bases estables la fortuna de los que bien le servían. En fin, Napoleon se ocupaba de la iglesia y pensaba en fundar un nuevo establecimiento que colocase á su jefe en la situacion de los patriarcas de Constantinopla con respecto á los emperadores de Oriente.

Ya hemos dicho que mandó tratar al papa con mucho miramiento, y le envió su chambelan Mr. de Salmatoris, con una gran servidumbre, para que estuviese rodeado del brillo propio de un soberano. El papa volvió á su acostumbrada dul-

zura al cabo de algunos dias de irritacion; pero perseverando en su resistencia, contestó que le bastaba con lo necesario; que no convenia el esplendor en su situacion actual; que soberano no lo era, y seria una irrision rodearle de magnificencia estando preso; que un trato modesto, el mismo que se concede á los presos á quienes se respeta, seria suficiente para su persona y la de sus servidores. No se dió oidos á Pio VII, y quedó con el trato de príncipe. En cuanto á los asuntos eclesiásticos, el papa se negó á mezclarse en ninguno mientras no le devolvieran un consejo de cardenales, y un secretario de Estado elegido por él. Tambien se hizo sordo respecto á la institucion de los obispos, negocio urgente como siempre. Anteriormente, y aun despues de haber entrado en Roma el general Miollis, consintió Pio VII en instituir los obispos nombrados por el gobierno imperial, mediante la supresion de una formalidad puramente de deferencia, y que se referia al emperador. Asi es que concedió la bula que instituye el obispo aceptado por la iglesia, la que se dirige al clero, y la que habla con los fieles de la diócesis, pero negó la que se dirige al soberano temporal en cuyos estados debe ejercer sus funciones el nuevo prelado. Napoleon propuso que fuese lo mismo en lo sucesivo, pero el papa no queria conceder ese término medio, desde su cautiverio en Savona. Las dispensas y todos los actos ordinarios se concedian en Roma por el cardenal di Pietro, á quien se dejó en la capital de la iglesia para que desempeñara lo relativo al gobierno espiritual, conforme al uso adoptado en ausencia de los papas.

Napoleon no se alarmó con estas dificultades, y se lisongeaba poder resolverlas asi que tuviese á su lado á Pio VII, pues tenia el proyecto de traerle á Fontainebleau, ejercer allí el influjo de la dulzura, la seduccion del talento, y hacer luego que aceptara un magnifico alojamiento en San Dionisio, donde estaria rodeado el soberano pontífice de tanto esplendor como en Roma. Persuadido de que con la fuerza todo se logra, habiase imaginado que despues de alguna resistencia, acabaria el papa por ceder, cuando viera no tenia nada que obtener; que los cardenales, y los altos personajes de la iglesia, traídos á Paris en pos del pontífice y magníficamente tratados, acabarian tambien por preferir una situacion opulenta y respetada á la persecucion, y que los romanos, á quienes destinaba una corte mas brillante que ninguna despues de la suya (mas tarde diremos cuál), se pasarian de buen grado sin un pontificado que los sometia al gobierno de sacerdotes; que los católicos de Francia se envanecerian de tener al papa entre ellos, que los de Europa, reducidos á muchos otros sacrificios, se resignarian á verle en Francia, y que sucederia con las rancias costumbres del catolicismo, mas antiguas, arraigadas y tenaces que ningunas en las poblaciones europeas, lo que con una de esas fronteras que mudaba á su sabor, escribiendo en los tratados con la punta de su espada un nuevo artículo, al dia siguiente de haber conseguido una victoria.

Y poniendo inmediatamente en ejecucion su voluntad como lo tenia de costumbre, repitió el orden de traslacion de los cardenales que tenian la sede en Roma, de cualquier nacion que fuesen,

los generales de las órdenes religiosas, como dominicos, barnabitas, servitas, carmelitas, capuchinos, teatinos, etc. y los individuos de los tribunales de la Dataría y la Penitenciaria. Mandó además que se cargaran en cien carruages los archivos tan preciosos de la corte romana, y los encaminaran á Paris, al mismo tiempo que envió á San Dionisio al ministro de los Cultos para que visitase el edificio y combinara los medios materiales de formar un gran establecimiento. Sin embargo, como las conciencias no se prestaban á sus novedades tan fácilmente como creía Napoleon, y el clero, no atreviéndose á resistir abiertamente, empleaba un medio torcido para exhalar su descontento, el de misiones extraordinarias, á las cuales acudian en tropel los realistas del Mediodía y de la Bretaña, prohibió lisa y llanamente las misiones, tanto dentro como fuera del imperio. Para el servicio interior, dijo, basta el clero ordinario: conozco bastante sus luces y su celo para creer necesita predicadores ambulantes que hagan sus veces. En cuanto al exterior, no llevé mi celo hasta querer hacer prosélitos: me contento con proteger el culto en mi casa, y no tengo la ambicion de propagarlo á las ajenas. El cardenal Fesch quiso manifestar que semejante prohibicion alarmaria á los fieles mucho mas que todo lo que hasta allí los habia afligido; pero Napoleon le previno se abstuviera de toda reflexion, y le dijo fuese el primero en dar ejemplo de obediencia, pues la muestra mas leve de resistencia seria castigada en él mas severamente que en cualquier otro.

Mientras mezclando Napoleon los asuntos serios con los placeres, y las resoluciones sensatas

de un gobierno escelente con las ilusiones de una política ciega, descansaba en el hermoso sitio real de Fontainebleau de las fatigas y peligros de la guerra, le decidió á trasladarse á Paris la llegada de los soberanos aliados, á los cuales queria recibir. Esos soberanos eran el rey y la reina de Baviera, el rey de Sajonia y el de Wurtemberg, que iban á juntarse con los príncipes parientes del emperador, esto es, los reyes de Holanda, Westfalia y Nápoles con sus esposas. Napoleon entró á caballo el 14 de noviembre en Paris, donde no se habia presentado desde que marchó al ejército, es decir, el 12 de abril. Las funciones por la paz aumentaron el brillo de una reunion de príncipes de que no habia ejemplo, y Paris disfrutó de un otoño brillante, que llegaba á propósito, despues de una primavera y un verano solitarios y tristes.

Empero en medio de aquellas fiestas, preparaba al fin Napoleon la gran resolucion que tanto debia costar á su alma y agradar á su orgullo, pero que tan poco debia servirle para su poderío: hablamos del divorcio y del matrimonio que á él iba á seguirse. Las escenas de celos, cada vez mas agrias á medida que la desgraciada Josefina iba creyendo descubrir que le ocultaban algo mas grave que una infidelidad, irritaban á Napoleon, pero no le daban sin embargo fuerzas para un rompimiento. Trataba de adquirirlas haciéndose cada vez mas frio, reservado y duro, pero érale insoportable semejante estado, y tenia prisa de acabar de una vez. Mandó salir para Milan un correo portador de una orden al príncipe Eugenio, para que inmediatamente viniese á Paris, y detuvo á la reina Hortensia, á fin de que en aquel mo-